

rador de varios países, ha realizado algunas expediciones en la parte Norte del Pilcomayo, escribiendo relatos interesantes acerca de sus viajes.

Una comunidad religiosa ha establecido, con fondos del Gobierno, una colonia titulada de San Francisco, en el paraje de Formosa llamado Laishi, á 90 kilómetros de la capital del territorio. Esta colonia prospera bastante. Los frailes catequizan á los indígenas y los acostumbran á trabajar en el establecimiento, que tiene frondosos plantíos y un aserradero á vapor. Los pueblos de Pilcomayo y Montelindo se han formado espontáneamente, y llevan una vida desahogada. Muchas poblaciones existirían ya en las costas formosinas, sobre el río Paraguay, si los terrenos estuviesen á disposición de los inmigrantes; pero éstos son propiedad particular de unos cuantos dueños de latifundios, que dificultan el desarrollo del país.

En Formosa salió á mi encuentro un grupo de españoles, establecidos desde hace años en la capital del territorio. Su presidente es un joven emprendedor, que forma parte del Consejo Municipal de la población.



PAISAJE DE FORMOSA

Me presentó á su padre, el decano de la colonia, viejecillo simpático y fuerte, que salió de España huyendo de las persecuciones y molestias que siguieron á la caída de la República en 1874. Después de vivir algunos años en Buenos Aires vino á Formosa, cuando Formosa apenas existía, siendo uno de sus primeros pobladores.

— Treinta años que estoy aquí... Todo esto lo he visto nacer.

Y mostraba con satisfacción el blanco y diseminado caserío en lo alto de la barranca, el *chale* del gobernador y la gran mole del ingenio de azúcar, inmediato á la villa.

La capital no es gran cosa. Hay en la provincia de Buenos Aires aldeas mejores. Pero se comprende la satisfacción de este veterano, que al vivir ahora en una pequeña capital en la que acaban de desembarcarse máquinas de ferrocarril, recuerda el antiguo suelo inculto, sólo poblado de reptiles, felinos y salvajes, en el que un grupo de colonos, hace seis lustros, se propuso fundar una nueva población argentina, á miles de kilómetros de la lejana y poderosa Buenos Aires.

LOS ANDES

El territorio argentino más pobre y menos habitado es el de la gobernación de Los Andes. Su nacionalidad data de ayer. Hace once años este territorio no pertenecía aun á la República. Formaba parte de la llamada Puna de Atacama, gobernándolo Chile como único dueño, al mismo tiempo que Bolivia lo reclamaba para ella, exhibiendo los derechos de una antigua posesión. Por un fallo arbitral de los Estados Unidos, este fragmento del desierto de Atacama pasó á ser de la Argentina en 1900.

Como riqueza y como país de colonización representa muy poco el territorio de Los Andes.

Este pedazo de Puna es todo él una altiplanicie que se eleva á 4.000 metros sobre el nivel del mar. En esta altiplanicie se alcanzan varias sierras, de picos muy elevados, algunos de los cuales llegan hasta 6.600 metros.

El agua escasea en todo el territorio. Nunca llueve, y los manantiales y arroyos se alimentan del derretimiento de las nieves, llevando únicamente agua al principio del verano, cuando ocurre la licuefacción en las cumbres.

Puede decirse que Los Andes es un territorio de

bronce, en el que resulta difícil y penosa la vida humana. Sus paisajes recuerdan, por su sequedad, falta de vegetación y montañas pedregosas, la naturaleza muerta de los campos lunares.

El país aparece muy accidentado. Donde no existe una sierra se alcanzan montañas sueltas, confusos amontonamientos de peñascos y lavas volcánicas. Las escasas llanuras no son planicies de tierra, sino lagos prehistóricos, en los que se ha evaporado el agua, dejando profundas capas de sales y boratos. Abundan los cráteres de volcanes muertos. El suelo parece dislocado, rasgado y revuelto, amasándose llanuras y montañas en un revoltijo de rocas ígneas, arenas, granitos y arcillas.

Están patentes en su suelo las grandes convulsiones de remotas épocas, sin que la vegetación haya venido después á cubrir y disimular las huellas de los cataclismos prehistóricos. La tierra es gris ó verdinegra, pero en ciertos lugares ofrece el mismo aspecto que si hubiese sido totalmente quemada por combustiones subterráneas. Sobre este paisaje negruzco se alcanzan numerosos picos cubiertos de deslumbrantes nieves

perpetuas. En los valles más abrigados crece una vegetación macilenta y raquítica.

Un silencio de muerte gravita sobre las tierras desoladas. Ni una vivienda humana, ni un animal, ni el ruido de una corriente acuática. Sólo cuando soplan los huracanes invernales rásgase este silencio abrumador con los silbidos monstruosos del viento en las gargantas de rocas. Hasta los volcanes — como dice un explorador de los Andes — han enmudecido en este país, contemplando silenciosos el gran trastorno que yace inerte á sus plantas.

La población de Los Andes es de una exigüidad ridícula. Sobre los 60.000 kilómetros cuadrados que componen su territorio, viven 2.000 personas. Es verdad que el país, en su estado actual, no da para más, y que esta reducida población tiene que vivir habituada á terribles escaseces. No cuenta con otros medios de existencia que el cultivo de algunos oasis, llamados *ciénegas*, donde existe agua, y en torno de los cuales se juntan las gentes buscando el abrigo de las rocas para defenderse de los vientos de la meseta. En estas pequeñas vegas hay algunas plantaciones de trigo, maíz, cebada, alfalfa, patatas y cebollas, y campos de pasto y leña, todo en tan exigua cantidad, que apenas basta para las necesidades de los escasos pobladores.

La fauna es igualmente pobre. La ganadería está reducida á unos cuantos rebaños de cabras y ovejas, y algunas mulas y asnos. No se ven otros animales vacunos en las tierras de esta gobernación que los que pasan de tránsito, conducidos por los pastores de Salta á los mercados de Chile. El animal que más abunda es el llama, por ser el que mejor resiste el clima de esta altiplanicie de 4.000 metros. Las vicuñas y guanacos se esparcen en estado de libertad por el territorio. Además, se encuentran en sus soledades chinchillas y vizcachas. El único animal feroz que puede subsistir en unas tierras tan altas es el puna, que ronda famélico por cerca de los rebaños de ovejas y cabras.

El montañés andino, agobiado por la pobreza del territorio, encuentra su principal industria en la peletería. Persigue con encarnizamiento á la chinchilla, hasta el punto de que, en breve plazo, desaparecerá este animal de rico pelaje. Las modas femeninas han puesto en gran aprecio su piel, y los andinos obtienen cada vez mejores precios por las chinchillas que cazan. Además, fabrican tejidos con lanas de vicuña, alpaca y gama.

* * *

La gobernación de Los Andes es poco conocida. ¿Qué interés puede tener un explorador en visitar un país muerto, casi sin habitantes?... El mejor estudio

científico de esta gobernación lo ha hecho el naturalista argentino Don Eduardo A. Holmberg, sabio viajero á quien tanto debe la ciencia, por sus estudios y observaciones de los países más interesantes de la República.

El general Cerri, primer gobernador del nuevo territorio de Los Andes, que permaneció en él durante algunos años, interesándose por su desenvolvimiento, también ha publicado notables estudios.

Son los indios de la gobernación de Los Andes de figura arrogante, musculosos y bronceados, llevando el cabello largo para que le sirva de abrigo en las frías alturas.

Distínguense los hombres de las mujeres, en que ellos tienen la nariz gruesa y aplastada y ellas aguileña, siendo generalmente de gracioso perfil.

Sus costumbres no se diferencian gran cosa de las descritas al hablar de los mestizos salteños. La gobernación de Los Andes es una prolongación triste y pobre de la fértil provincia de Salta, y los montañeses andinos, cuando abandonan sus soledades, es para dirigirse á la capital salteña, que consideran la más grande y hermosa de todas las ciudades del mundo.

Los andinos son muy aficionados á la coca y mascan á puñados las hojas anestésicas y estimulantes. Muchas

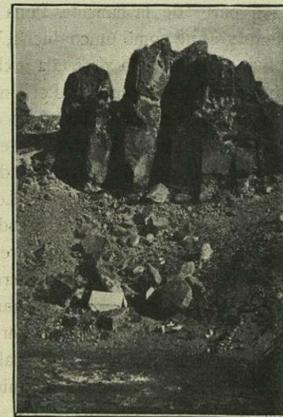
veces añaden á este vegetal cierta pasta, hecha con ceniza, agregándola patata hervida para endurecerla.

El indio andino muéstrase fuerte y de una resistencia asombrosa. Forzoso le es amoldarse al ingrato medio que le ofrece este país hostil. Muchos mueren por falta de adaptación, y por esto el número de habitantes apenas aumenta; pero los que resisten y llegan á vivir perfectamente en la Puna, son capaces de aguantar todas las temperaturas y fatigas, y no hay enfermedad ni cansancio que acabe con ellos.

Los terrenos más bajos que habitan están á 4.000 metros de elevación, donde los demás hombres sufren el angustioso mal del sorocho. Casi todos sus pueblos se hallan establecidos á mayo-



UN CATEO DE BORATO EN DIABLILLOS



CAMPAMENTO DE INDIOS EN UN VALLE DE LOS ANDES

res alturas. Vientos glaciales barren las áridas mesetas, con tal violencia, que obligan á hombres y bestias á refugiarse en las oquedades de los peñascos para no ser derribados. La subsistencia hay que buscarla en la caza, que obliga á larguísimas marchas, y por esto no hay trepadores que superen á estos hombres de Los Andes. Marchan con la velocidad incansable del indio, días y días por llanuras salitrosas y sin agua, escalando abruptas pendientes, saltando de roca en roca, siempre en línea recta, como viajaban los *chasquis* que los Incas tenían á sus órdenes en el inmenso imperio peruano para el servicio de correos.

La enorme altura de esta

tierra parece acartonar el organismo de los indígenas, dándoles una vejez prematura, pero vejez interminable y vigorosa, que desafía el curso de los años. Los que consiguen adaptarse á este clima y á las penalidades que en él se sufren, alcanzan edades inverosímiles. Hasta hace poco vivió en Los Andes un indio de ciento veinte años, que se acordaba del general Isasmendi, gobernador del territorio en nombre del rey de España, antes de que se proclamase la Independencia.

El andino es de carácter melancólico y muy silencioso. Parece que la aridez del suelo cubierto de nieve, y el silencio fúnebre de las llanuras desiertas, se reflejen en su carácter. Muéstrase á la par místico é idólatra. Como los indios de Salta, adora al «Señor del Milagro» y á los santitos patronos de sus aldeas; pero al mismo tiempo cree en la *Pacha-Mama* y el *Tata-Coquena*, á los que ve de lejos cruzando las montañas con sus arrias de llamas gigantescas, en días de tempestad.

En algunos caminos (si es que caminos puede llamarse á tortuosas sendas entre pedruscos) existen capillitas con santos milagrosos que datan tal vez de los tiempos de la dominación española. Nadie cuida de cerca estos santuarios del desierto; las imágenes viven solitarias, consagradas por siglos de existencia en el mismo lugar ó por algún milagro que sólo conocen las viejas del país. El viento invernal forma torbellinos de nieve junto al refugio del santo. Durante el verano, cuando no nieva, sopla igualmente el viento, chocando con irritado silbido contra las piedras, como si pretendiese arrancárselas del suelo. Algún puma viene á rondar cerca del santuario, atraído por la luz de la lamparilla que ilumina á la imagen. Hay india que emprende caminatas de leguas y leguas para renovar el aceite de la lámpara y limpiar el santo.

Los viajeros que pasan ante estas capillas, echan

pie á tierra, desmontando de sus mulas, ó se sientan á descansar breves momentos, si son caminantes. Junto á la imagen hay una cajita, en la que se depositan limosnas para el culto del santo, confiadas á la honradez de los viandantes. Alguno de éstos, cuando se halla en la indigencia, imita lo que hacen los caminantes de San Juan con las tumbas del desierto y se vale del santo como si fuese un prestamista. Se apodera del dinero que hay en la cajita y deja un recibo confesando su deuda, documento que viene luego á recoger aunque transcurran meses, pues teme el castigo de la imagen en caso de olvido ó mala fe.



PUNA DE ATACAMA. HITO DIVISORIO DE ARGENTINA Y CHILE

Estos andinos que creen á la vez en los santos y la *Pacha-Mama* son de una religiosidad inocente. Uno de los pocos blancos de raza que habitan el territorio es el cura de Los Andes Don Juan Isella, compañero de miseria de sus feligreses, vestido como un gaucho, con la barba hirsuta y que de vez en cuando monta en su mula blanca para ir de aldea en aldea repartiendo bendiciones y buenos consejos.

Los hombres realizan los trabajos más pesados. Se alquilan como guías y conductores de ganado, realizan cacerías penosísimas en los terrenos más altos ó llevan á Salta y otras poblaciones la sal y los boratos que recogen en las lagunas secas. Las mujeres tienen en sus cabañas telares primitivos, en los que fabrican telas de lana de vicuña, guanaco y oveja, que llaman la atención por su fina trama y el carácter arcaico de sus colores y dibujos. Los muchachos se dedican á pastores desde la más tierna niñez, cuidando de la seguridad de los rebaños.

El lobo de este país no amenaza en el suelo, pues llega por el aire. Es el condor, de fuerza colosal y ardiente acometividad. Los muchachos defienden á pedradas las ovejas y cabritos; pero cuando el condor está enfurecido por el hambre, los pequeños pastores tienen que refugiarse entre las peñas, pues el ave de presa los ataca.

El montañés andino, obligado por la pobreza y el aislamiento á ser egoísta, ofrece á los viajeros blancos una extraña hospitalidad. Llegan los expedicionarios á su cabaña solitaria y se meten en ella sin pedir permiso. El andino apenas habla, y aun las palabras más indispensables sólo las emite después de largas y silenciosas vacilaciones. Piden los viajeros de comer, ofreciendo dinero, y el andino contesta con rostro impasible y melancólico:

— No hay, señor.

En las inmediaciones de la cabaña saltan ovejas y



CASA DE INDIOS DE LOS ANDES

cabritillos, mientras el indio afirma impasible que no posee nada que pueda servir de alimento. Es inútil enseñarle billetes de Banco y ofrecerle precios fabulosos por uno de sus animales. — «No hay, señor», sigue repitiendo tenazmente. . . . ¿Qué le importa el dinero en su soledad? Un animal del menguado rebaño representa la vida en los crudos días de invierno, y no hay fortuna que pueda tentarle.

El peón salteño que sirve de guía á la expedición y conoce á la gente del país, no se entretiene en vanas palabras. Mientras los viajeros parlamentan, él apela á la acción, con el cuchillo desenvainado bajo el poncho. Se aproxima á un carnero y lo degüella de golpe, solucionando el asunto con la autoridad irrefutable de los hechos consumados. Laméntase el indio con voz apagada de este atropello, y al fin, viendo desollada la res y encendida la fogata para asarla, se ablanda y consiente en que se la paguen.

Con una honradez conmovedora, pide por ella un par de pesos, cuando minutos antes rehusaba 15 ó 20. Lo único que exige es que le dejen la piel, y acaba por sentarse entre los viajeros, cortando su pedazo de carne asada y afirmando interiormente que esta será la última vez que venda comida á los hombres blancos.

* * *

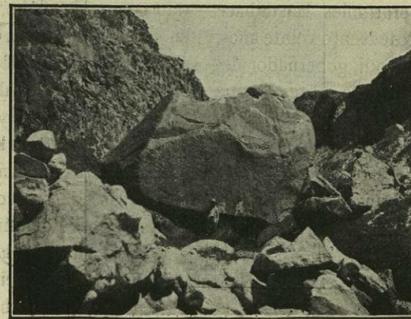
Los pueblos de la gobernación de Los Andes son simples caseríos, situados á más de 4.000 metros de altura y constando de veinte ó treinta chozas. Sus habitantes fluctúan entre 25 y 200, cuando más.

Como en todo el territorio no había un pueblo ni un paraje que permitiese el establecimiento de la capital de la gobernación, cedió con este objeto la provincia de Salta el lugar de San Antonio de los Cobres, que de este modo pasó á formar parte de la demarcación de Los Andes.



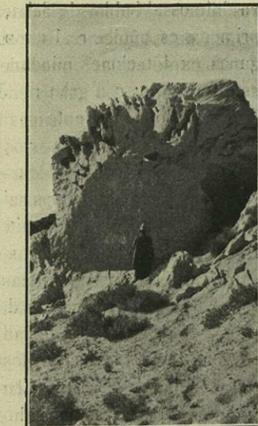
EL CAMPANARIO DE ANTOFAGASTA DE LA SIERRA (En un día de fiesta).

CAMINO DE LA «CUEVA PINTADA»



treintena de ranchos con trescientos individuos, alrededor de una capilla. Esta tiene un campanario, cuya construcción no ha exigido grandes gastos. Encima de una roca aislada se han levantado los arquillos que sostienen las campanas, enjalbegando luego de cal la torre maciza.

Todos los caseríos son amontonamientos desordenados de ranchos, que únicamente están habitados en invierno. En primavera y verano las familias se trasladan á las *vegas* de pastoreo, lugares donde se encuentran leña y agua, y allí permanecen con sus rebaños de ovejas, llamas y asnos hasta que caen las nieves, y regresan al pueblo dejando la ganadería bajo el cuidado de los pastores.



PEÑA RODADA EN EL CAMINO DE DIABLILLOS

No hay ningún extranjero establecido en el territorio. Sus habitantes han nacido en el lugar que ocupan, y no guardan memoria de cuándo llegaron sus ascendientes al país. No están enterados de las variaciones políticas de su patria, y sólo los más ancianos recuerdan que sus padres

les hablaron del rey de España, temido y poderoso señor, que vivía en una tierra lejanísima. Han sido bolivianos, luego chilenos y ahora argentinos, sin llegar á enterarse de tales cambios de nacionalidad. De todos modos, nunca les ha faltado un gobernador al que obedecer, y han acatado sumisos las órdenes de éste, sin ocurrírseles averiguar con qué derecho los gobernaba.

Al quedar definitivamente como argentinos, su única petición al gobierno que reside en Buenos Aires fué que se les respetase en la propiedad de las tierras que ocupan desde hace siglos, sin documento alguno, con el derecho del primero que llega.

* * *

Esta altiplanicie, que no sirve para la agricultura ni para los ganados, sólo tiene un porvenir: la minería. El suelo es ingrato para el hombre, por lo mismo que contiene grandes riquezas minerales.

Hay en la gobernación de Los Andes oro, plata, cobre, hierro, zinc, azufre y alumbre. El general Cerri, durante el período de su mando, visitó varias minas de oro, explotadas antiguamente por los españoles. Como

ya dijimos al hablar de Salta, los primeros españoles realizaron algunas explotaciones mineras en este territorio, con gran resultado, cesando únicamente cuando una sublevación de los calchaquies arruinó los establecimientos y pasó á cuchillo á los mineros. En el interior del territorio hay dos minas de oro, cerca del caserío de Catua y en Archibarca.

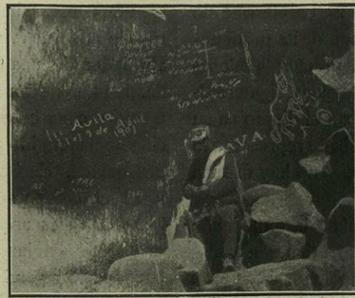
En las inmediaciones de la provincia de Salta existen otras tres minas del precioso metal, que son las de Susquis, Claros y San Antonio de los Cobres. Estas minas han sido trabajadas siempre por los indios, pero con largos intervalos de abandono y sin intensidad en el esfuerzo. En otros lugares del territorio se explotan, de un modo primitivo y débil, minas de plata y de alumbre.

Pero la principal riqueza del país es el borato, que se encuentra en importantes yacimientos, llamados borateras, los cuales ocupan centenares de hectáreas.

Las principales borateras, compuestas de borato de sosa y borato de cal, son las de Siberia, Hombre Muerto, Ratones, Arcazoque, Diablillos ó Campo Pelado, Antuco y Pastos Grandes. Estos yacimientos, de gran espesor, que representan millones y millones de toneladas y significan enormes riquezas, duermen inútiles por falta de vías de comunicación. Ni siquiera hay en este país caminos de herradura, delineados por el hombre y que acorten las distancias. Los senderos que hoy sirven para el tráfico son pistas abiertas por el paso de las arrias, siguiendo todas las sinuosidades del terreno, lo que triplica y cuadruplica las jornadas. El día en que el tren llegue nada más que á los límites del territorio, será posible la explotación de estos valiosos yacimientos.

* * *

He conocido en Salta á un joven animoso, que con medios escasos se atrevió á recorrer gran parte del territorio de Los Andes. Es un boticario español, que al llegar á la Argentina se encontró sin medios para subsistir y revalidar su título. Vivía en Salta y se enteró de que una familia que se consideraba con derecho á poseer enormes extensiones en la gobernación de Los Andes necesitaba quien las midiese y amojonase, para fijar su dominio con esta opera-



INTERIOR DE LA «CUEVA PINTADA»



EL CURA DE LOS ANDES, DON JUAN ISELLA



PREPARÁNDOSE PARA LA EXPEDICIÓN Á PAÍSES DESCONOCIDOS

ción. Estas tierras, lejanas y á enormes alturas, que nadie había visto, procedían de una donación hecha por el rey de España á un ascendiente de la familia, allá en los últimos tiempos de la dominación colonial.

El joven boticario, que estaba en Salta, poco más ó menos como Pizarro, Almagro y otros españoles vivían en Panamá antes de navegar hacia el Perú, aceptó el encargo de medir las tierras del frío desierto. En su situación eco-

nómica, lo mismo habría aceptado ir al polo Sur. Fijó una cantidad por su trabajo, enganchó á cuatro hombres más, adquirió algunos instrumentos, unas caballerías, contados víveres, regular acopio de ponchos, mantas y frazadas, y avanzó tranquilamente por la Puna de Atacama, país de desolación y muerte, donde hace tres siglos estuvo próxima á desaparecer la expedición de Almagro. Llevaba el joven español como única guía una carta topográfica del país, defectuosa é incompleta. Marcábase en ella el lugar de las tierras por medir, con arreglo á los límites de cañadones y cumbres fijados en la donación real. Pero el mapa indicaba estos mismos lugares, con el título poco tranquilizador de «tierras inexploradas».

El boticario las exploró. Durante tres meses estuvo con sus compañeros en el desierto, pero un desierto absoluto, á 5.000 metros de altura, no encontrando más que, muy de tarde en

tarde, rebaños libres de llamas y vicuñas en algunos valles. No había otra agua que la de la nieve derretida. Los víveres escaseaban, y era una felicidad poder cazar una vicuña ó un guanaco. Los expedicionarios iban forrados de mantas y ponchos, presentando la grotesca obesidad de los esquimales.

El mal de la puna los martirizaba con angustiosos vahidos y derramamientos de sangre por la nariz y las orejas. Encontraron en las quebradas grandes yacimientos de borato; visitaron cuevas en las que los primitivos indígenas han dejado grabadas en la roca figuras de hombres y leones, primeros balbuceos de un arte infantil. Á través de obstáculos y penurias se realizó la medición, volviendo á Salta los

expedicionarios sin ganas de regresar á la Puna y con interesantes fotografías de estas soledades.

Lo que no se comprendió en el primer momento es

la utilidad de medir un desierto y el resultado que los propietarios puedan sacar de su posesión. Pero hay que conocer la vida argentina y sus negocios. La propiedad de la tierra representa siempre una fortuna, sea cual sea su situación geográfica, y aunque carezca por completo de medios de comunicación. La falta de riqueza del suelo se compensa con la enormidad de su área.

¿Quién no se deja tentar por la oferta de unas tierras que se venden, por ejemplo, á medio peso la hectárea? ¿Quién no se da el gusto de ser propietario de leguas y leguas por unos cuantos mi-



COMIENDO Á 25 GRADOS BAJO CERO

las que es totalmente imposible la existencia del hombre blanco, por la rarefacción de la atmósfera, y de las que huyen hasta los guanacos y las vicuñas.

LA PAMPA

Es la más poblada de todas las gobernaciones nacionales y sigue en importancia por su riqueza á la de Misiones; pero en ella resultan más numerosos los extranjeros que los argentinos. Aun los mismos habitantes de la Pampa de nacionalidad argentina no han nacido en el territorio, pues son originarios de distintas provincias.

La Pampa es un país de emigración, lo mismo para los nacionales que para los extranjeros.

Sobre una superficie de 145.902 kilómetros cuadrados, existen 60.000 habitantes, y su número crece considerablemente todos los años. Tiene este territorio suficiente población para constituirse en provincia autónoma, con arreglo á las leyes políticas de la República; pero dicha población está muy desparramada por las exigencias de la vida pastoril y agrícola, y no constituye centros urbanos de importancia.

Además, la mayoría del vecindario se opone y protesta cuando algunos convecinos aficionados á la política intentan pedir la constitución de la Pampa en provincia autónoma. Hombres de trabajo todos ellos, temen las luchas y apasionamientos que traería la política de provincia, y les es más grato seguir viviendo en un territorio gobernado por funcionarios del Gobierno nacional.

Es hoy la población de la Pampa un conjunto de todas las modalidades criollas y todas las razas inmigrantes. Cada pueblecillo de la gobernación equivale casi á un curso «vivid» de Geografía. En una pequeña localidad se encuentran franceses, italianos, españoles, alemanes, turcos, rusos, polacos, persas; y revueltos con ellos, argentinos de las provincias del Norte,

uruguayos y chilenos. El gaucho, que va desapareciendo de la Argentina, tiene en la Pampa sus últimos representantes.

* * *

La Pampa, que en lenguaje quichúa significa «llanura», es realmente llana, sin más montañas que algunas pequeñas sierras en los límites con Mendoza, últimas derivaciones del sistema de dicha provincia. Sin embargo, esta llanura tiene bruscas ondulaciones, médanos y sierras aisladas que desmienten la absoluta planicie anunciada por su nombre.

No abunda mucho el agua en el territorio, y se creyó por esto hace años que no era apto para la agricultura. Pero el hombre se lanzó á la empresa de cultivarle, y un completo éxito ha coronado su iniciativa. La inmigración acudió entonces en busca de tierras fértiles y baratas, y hoy es la Pampa el territorio nacional más poblado, y rivaliza en producción con muchas provincias. La ganadería se desarrolla ampliamente en sus llanuras y el trigo da abundantes cosechas. No es monótono el suelo, como parece anunciarlo su título de «llanura». Tiene lomas y cañadas y selvas frondosas que abarcan centenares de kilómetros.

Su clima es seco y templado; pero como se halla en el corazón de la Argentina, lejos del mar, la temperatura sube mucho en verano. Sopla el viento *pampero* en el invierno con terrible violencia. Lluve poco en la Pampa, pero existen algunas corrientes de agua y abundantes lagos. Sus dos ríos más importantes son el Chadi-Leuvú ó río Salado y el río Colorado, que le sirve de límite con los territorios del Neuquén y Río Negro, y al cual va á